

## Epitafio Digital

por Guillem Carbonell

Una prostituta de catorce años bailando sobre una superficie fluorescente en el centro de Manhattan: eso era el futuro. El epicentro de la corrupción política, de la violación estadística y de las sobredosis de *Siluro* catapultaba a la humanidad hacia ninguna parte.

Oswald y yo bebíamos una destilación de zumo de uva sintética mientras la cría se agitaba ante nuestros ojos. Ni siquiera nos molestaba que no le diesen propinas; era suficientemente mala como para bajársela a uno de esos violadores que frecuentaban el sur, allá por Opinel Road. Además hacía tiempo que me había cansado de meterla en cualquier agujero, y la idea de ir por ahí rompiendo vírgenes recicladas no me llamaba mucho la atención. Ya no.

- ¿Lo saben los japoneses?

- No, ni nos interesa. Mantén tu jodida boca cerrada y ya veremos qué pasa.

Aquel gordo hijo de puta era siempre tan simpático.

- Tal vez quieran comprarnos-, musité antes de apurar el último trago.

- Controlan toda la mierda. No están interesados. Hace diez días fue un tío queriéndoles vender esa basura, *Occam* o como se llame, y el tipo...

Oswald se empezó a reír desconsideradamente. Pude ver el implante maxilar adherido a una de sus muelas, como una pequeña mosca de metal que registraba todas las conversaciones. Y cuando digo todas también me refiero a esas en las que el barrigudo sólo vestía con un anillo de goma en los genitales en presencia de unas cuantas chicas alquiladas.

- ¿Qué?

- Entontraron al gilipollas con una katana metida por el culo en medio de la quinta avenida. Lo tiraron, o algo así...

- Eso es estar jodido.

- Y que lo digas- y siguió riendo.

- Entonces, ¿a quién se la colamos? No tardarán en pillarnos si la seguimos guardando.

A la vista de cualquiera aquello habría sido un eructo. Yo se lo perdoné. Golpeó la mesa y el sonido de la música amortiguó su mala educación. Siguió riendo.

- Hay un tío, amigo de Carlos y Bronson, que está interesado en meterla cuanto antes.

- Define "cuanto antes".

- Probablemente la semana que viene, o la otra.

Configuré el ojo artificial para aumentar la imagen sobre sus labios. Tenía las encías amarillentas de tanto fumar.

- Parece que no sabes nada. O haces tu trabajo o me busco a otro que la distribuya.

Él pareció molestarse.

- No es fácil, ¿sabes? Tú sólo tienes que jugar con tus cacharros y hacer los caramelos, pero yo me juego el cuello cuando alguien me pide explicaciones.

- Llevamos así desde agosto, y han pasado más de dos meses. O haces tu trabajo o me busco a otro.

- Pero...

Me levanté, justo a tiempo para que una mole de ciento cincuenta kilos se fijase en mí. Era una especie de criatura andrógina, una mezcla entre mujer obesa y alcohólico a punto del colapso. Llevaba un látex muy ceñido que invitaba a morir aplastado, o algo así.

Aquella bestia me sujetó el hombro y se fijó en la única pupila original que me quedaba.

- ¿Tú eres famoso, no?

No contesté y mantuve un faz desafiante. Me liberé con un espasmo y salí de aquel lugar pestilente. Estaba en el nivel cero, la base sobre la que se había construido el techo de rascacielos que tapaba el sol durante todo el día. Para sorpresa de todos, la lluvia seguía filtrándose y cayendo, al margen de que nuestro único contacto con la bóveda celeste eran hologramas proyectados, a doscientos metros sobre nuestras cabezas.

Una niebla espesa nublabo lo poco que nos quedaba de realidad, y apenas bastaban diez pasos para encontrar a algún *cableado* tirado por las esquinas. La red era algo vasto e infinito, que ofrecía la posibilidad de navegar con la mente desde que el tratado del Wacom III permitiese la injerencia de los productos de consumo en la salud cerebral. El cáncer de los últimos cincuenta años eran las balizas virtuales que devolvía señales sinusoidales alteradas sobre ciertas franjas del hipocampo. Combinadas con una dosis de cualquiera de nuestras drogas, prometíamos una combinación inabarcable de experiencias transhumanas, metafísicas, alteradas.

Todos esos yonkis de la electricidad escribían letanías sobre servidores en la otra punta del globo o saltos de consciencia producidos por el retardo de algunas balizas alojadas en servidores satelitales. Mamones.

Iwo, que murió debido a una ingesta continuada de comida contaminada con mercurio, solía burlarse de los que dormían en los conductos de ventilación de su finca. Él era un

ingeniero onírico, y le pagaban mucho por recrear parcelas del pensamiento amanecidas durante la fase REM, pero nunca osó probar nada de nuestro catálogo. Otros, por contra, acababan confundiendo a su pareja con un espía alienígena y cosas por el estilo.

Llegué a casa empapado. Zora me esperaba sobre una butaca que compramos el día de su cumpleaños, al año de intalarla. Era de esa clase de novias virtuales que no estaba pensando todo el día en complacerte sexualmente, y especialmente en las últimas versiones se habían encargado de incluir un buen catálogo de temas interesantes. Sin ir más lejos, apenas hacía cuarenta y ocho horas que habíamos discutido sobre Marx en oposición al concepto platónico de realidad.

Me saludó y le dije que tenía trabajo.

El primer espasmo de la matriz paralela es siempre desagradable. Ni siquiera los profesionales se acostumbran después de décadas. Cuando tu sinapsis se sincroniza con el casco osteoscópico, una sensación de angustia te recorre. Incluso hay quien vomita.

Aquella red neuronal ampliada enlazaba mentes a lo largo de toda la costa este, o ésa era la teoría, porque un factor de entropía hacía que al final todo el mundo acabase de alguna forma contaminado. Podías ser el tipo más feliz del mundo, e irte a la cama llorando porque un tipo en China se había conectado media hora antes pensando en suicidarse.

Busqué a Joan en el mi índice. Estaba conectada, y comenzamos a charlar sobre la deriva de capital pasivo que la nueva república de Occitania había hurdido al amparo de la coalición francogermana.

Vislumbraba el rostro de una mujer de mediana edad, infectado por el fósforo de mi imaginación, que diletaba entre el verde eléctrico y el blanco frívolo. Ni siquiera había una imagen concisa de cómo se percibían las interacciones en aquella red; se regía por un conglomerado de imprecisas sensaciones espaciales y visuales, por conceptos que venían a tu memoria y palabras que realmente escuchabas, por una perpetua sensación de movimiento sinuoso y una pérdida del eje cielo-tierra. Los más experimentados asaltaban redes neuronales completas utilizando su mente y configuraciones preinstaladas, y algunas leyendas urbanas hablaban de la fusión total, de un verdadero manejo de la interfaz que era capaz de trasladarte por completo a aquel espacio suprahumano.

Percibí el dolor de ella por la pérdida de su mascota. Ella entendió que lo mejor sería cambiar de tema, y al final compartimos unos gráficos sobre la distribución molecular del sintetizado que habíamos estado diseñando. Le molestó que el capullo de Oswald no lo colocase. Creímos que en realidad no le interesaba colocarlo. Luego nos acordamos de que

hacía dos años que no nos veíamos cara a cara, aunque si en algún momento nos apetecía un sexo más o menos real siempre teníamos los salvoconductos de banda ancha para alinear nuestros centros de placer.

Una línea roja cruzó mi consciencia. Algo estaba interrumpiendo el letargo. Una tarántula irreal llegó hasta ella. Dejé de verla. Cuatro kanjis en el espacio esférico de la mente. Un código de barras multicapa. Trece números de identificación. Un escudo de armas que no llegué a descifrar. Abrí los ojos empapado de lágrimas. No había caído en la cuenta de que debía llevar un rato sollozando. Y allí estaban ellos.

- Conrad Kampff, de la brigada Sigma contra sedación electroquímica-, dijo lo que parecía ser un cuarentón con la cara envejecida, escoltado por casi una docena de centinelas.

Supe que un tipo había estado hurgando en mi cabeza cuando retiró el sensor sobre mi frente, algo que me produjo un tremendo dolor y una sensación de nostalgia y soledad.

- Es él, o por lo menos los datos son coincidentes.

Estuve confundido en la camilla. Zora había desaparecido; pobablemente el protocolo de emergencia de su empresa era no involucrar a sus creaciones en la comisión y persecución de delitos.

Pensé en cómo habrían roto una puerta con doble seguro, de aleación asimétrica y con chivato electrónico. Al parecer no habían forzado nada.

Me moví a buscar al delantor. No podía saberlo. Me pregunté durante las dos noches siguientes si había sido mi pareja la que había confesado: proyecciones sexuadas como espías subrepticios, observando cada una de nuestras parafilias. Alguien podría estar al otro lado haciendo honor a alguna enmienda constitucional sobre privacidad.

Consideré a Oswald, harto de que le repitiese lo mucho que nos hacía perder el tiempo. Incluso podría no haber sabido que me estaba delatando. Puede que lo hubiesen pillado antes, y que le hubiesen provocado agnosia sobre el implante maxilar. ¡La mosca, podría ser la mosca!

O los agentes psíquicos que recorrían las redes neuronales en busca de patrones delictivos y ociosas coincidencias. A fin de cuentas estábamos gritando demasiado al no utilizar conexiones seguras.

Me llevaron ante un tribunal social, compuesto mayoritariamente por antiguos adictos y familiares de gente que ya no seguía en el mundo debido a una mala conexión. No era lo más objetivo, pero tampoco se podía esperar encontrar a alguien fuera de las drogas, directa o indirectamente.

Fui condenado a tres años de inhabilitación física. Volcaron mi información sináptica sobre un soporte analógico y me mantuvieron en una ilusión electrónica. Guardaron mi cuerpo en una de las cámaras criogénicas de una subcontrata gubernamental.

Tenía libros, y una cabaña de madera junto a un lago donde el atardecer anaranjado tostaba las briznas verdes de hierba. Un generador aleatorio de guijarros me permitía jugar a ver cuántas veces rebotaban sobre el agua. Mi perro se llamaba Goolie, y me hacía compañía durante las sesiones de psicoterapia introspectiva.

Podía ver pornografía amateur en un escenario aparte. También tenía derecho a dos sesiones semanales de sexo virtual. No estaba mal poder elegir la edad, el color del pelo y todas esas cosas.

Creo que no tardé mucho en perder la noción del tiempo, y algo me decía que mis días y mis noches no eran correlativas al tiempo real, al de esa computadora termodinámica que llamamos Universo. Pudo ser cierta vibración en una atmósfera que no existía, tal vez algunos fallos de renderizado en el horizonte. Muchas veces he creído que era por mi eterna ropa de hombre de la montaña, demasiado bucólica como para no estar atascada en en la progresión temporal. A veces el perro me miraba distraído.

Aunque todo eso cambió antes de lo esperado, un mañana mientras me disponía a desayunar. Tenía poco sentido pero disfrutaba repitiendo el ritual con esos alimentos de aspecto plástico que me habían preparado. Por las noches también aparecía algo encima de la mesa.

El agua se agitó. No escuché nada, y la escena en su totalidad parecía no transmitir más información que la visual. Algo apareció de entre el líquido, una figura humanoide embutida en un mono negro y ceñido que no se mojaba. Se quedó esperándome sumergida hasta las rodillas.

Salí de mi hogar, el humo de la pipa aún escapándose entre la nariz. La había desactivado tan pronto como crucé el umbral de la puerta. Nos miramos fijamente. Supe que era un intruso; esa clase opositores gubernamentales que de vez en cuando asaltaban instalaciones públicas por el placer de joder. Aunque hasta el momento éste no parecía dispuesto a romper muchas cosas.

- ¿Quién eres?

La figura no se movió.

- Acércate-, me dijo. Una voz sintetizada, falsa como aquella estafa de los electroencefalogramas que un amigo y yo vimos en Tokio. Posiblemente *demasiado* falsa.

- ¿Quién eres?-, repetí.

No contestó.

- Acércate.

- No puedo salir del agua. Es mi único territorio.

Sonreí.

- ¿Otra vez asaltando los enlaces asimétricos Oveon? ¿Cuándo dejaréis de usar esos putos simuladores de la Conneti para entrenaros? Hay mejores maneras.

- Mejores no es más seguras.

Comprendí que quien estaba detrás de ello quería hacer algo más que echar un vistazo. Aunque no había empezado a jugar con las texturas, con las escalas o la física, ni siquiera con el tamaño de mi lamentable pene electrónico.

- ¿Qué quieres, sombra?

- Acércate.

Al principio dudé. ¿Pero qué otra alternativa tenía? Una cárcel que no existía en ninguna parte amenazada por un tipo que seguramente tendría su dedo sobre el interruptor principal. Caminé lentamente hasta donde acababan los guijarros. Las pequeñas olas comenzaban a mojar las suelas de mis botas.

La figura comenzó a agitar su superficie brillante. Poco a poco se fue definiendo. Primero la forma, luego los tonos, luego el color. Era Zora.

- Soy Oswald.

- ¿Qué?

Sentí una pequeña arcada que luego se extendió como cristales rotos.

- Muchos estamos aquí. No fuiste el único. Sospechamos de algunos pocos, de los pocos a los que no acabaron pillando. ¿Pero yo, y tú, y los doce que nos fabricaban lo nuestro? Todos hemos acabado entre silicio.

Me lucré con la idea de una prisión de silicio: barata y eficiente, mucho más liviana que cualquier almacén con rejas y funcionarios. Todos cabíamos en menos de una hoja de papel, definidos a nivel molecular. Y resulta que todos estábamos juntos, apretados como gatitos en una amalgama de tensiones eléctricas.

- Zora nos rescató. De alguna manera...

- ...estáis dentro de ella.

Oswald (o la carcasa de Zora) asintió.

- Perfusión sináptica-, miré a un lado. Te lo ofrecen como un extra, como algo que

deberías comprar si quieres enseñarle nuevos patrones de conducta a tu novia virtual, y resulta que sirve para acabar realmente *casado*.

Sabía lo que ellos querían. Y no tardaron en decirlo:

- Vente.

- ¿A dónde?

- A un lugar definido por tus deseos. A un lugar sin créditos impagados ni noches solitarias. Al único lugar donde desearías ir si supieses que nuestros cuerpos han sufrido uno de esos accidentes y que jamás volveremos a estar en ellos.

Entendí perfectamente lo que había pasado. No seríamos los primeros a quienes pierden los cuerpos por un fallo en el congelador, o porque en resumidas cuentas no les interesa mantenernos con vida.

Al principio cuesta despedirse por fin de tu vida pasada. Pero si llevas un tiempo viviendo en el limbo comprendes que no es tan duro. Hay millones de personas atrapadas en la libertad digital, en territorios fronterizos entre el espacio y el tiempo que nada tienen que ver con un café en una tarde de otoño; y son felices. Lo mío sólo sería cambiar el registro. Cambiar un mundo peor por otro menos malo.

Di un paso hacia adelante y entré en el agua.